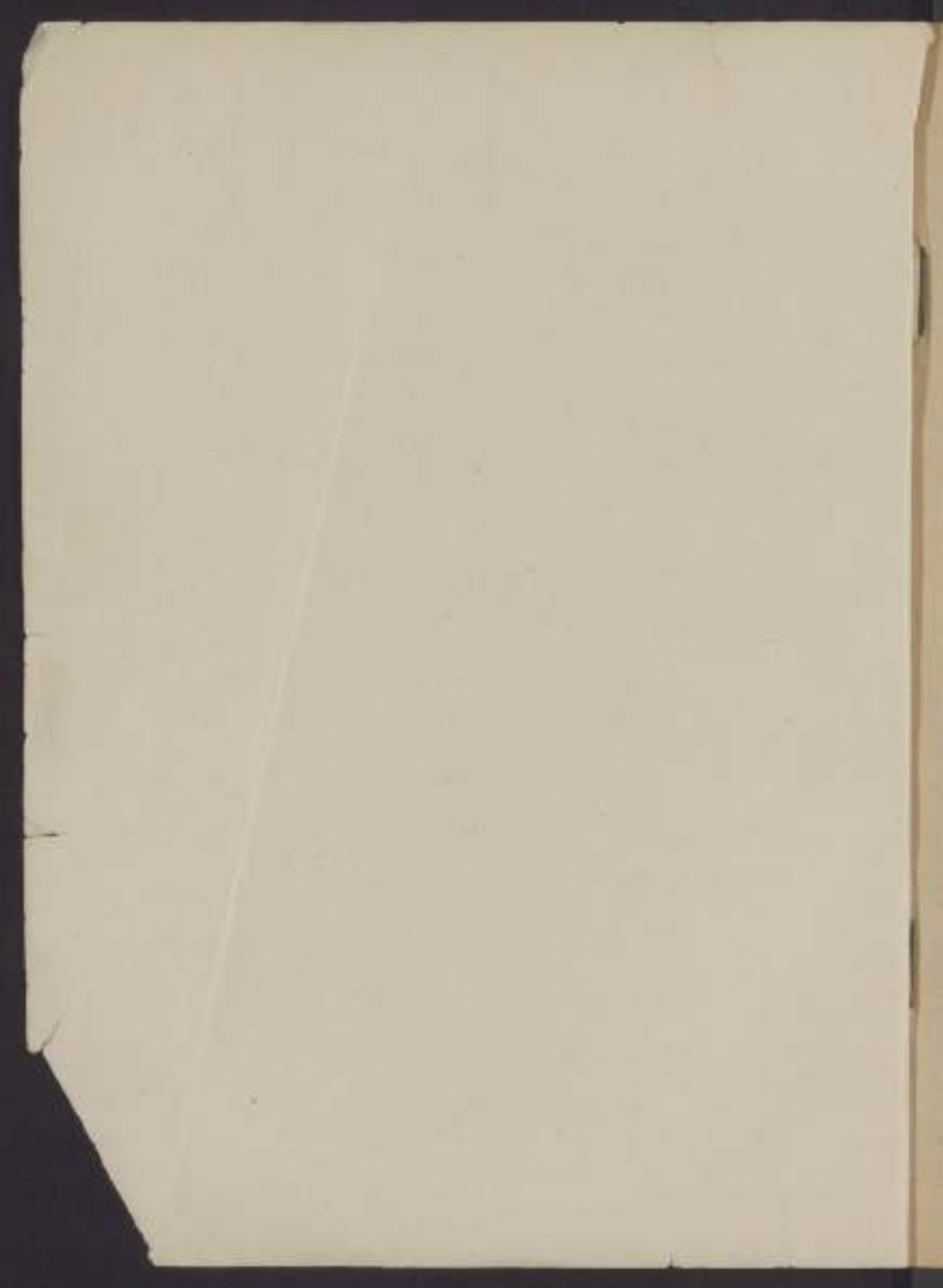


EDICIONES BISIAGNE



# EL PRECIO DE UN BESO

José Mojica  
Mona Maris  
Antonio Moreno



EL PRECIO DE UN BESO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 15551 - BARCELONA

## El precio de un beso

Producción totalmente hablada y cantada en español

---

Es un film FOX

(Fuera de programa)

---

V Edición

Distribuida por  
HISPANO FOXFILMS, S. A. E.  
Valencia, 280  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES PRINCIPALES:

José Molica

Mona Maris

Antonio Moreno

# El precio de un beso

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

### I

En el silencio de la campiña se oyó la voz firme y bien timbrada de Savedra, cantando una de aquellas canciones sojas tan sentimentales, tan ciertamente dirigidas a las almas.

Decía así la canción:

*¿En dónde estás? ¡Oh, mujer imo-  
[ginaria]  
Yo busco el alivio del dolor.  
Yo quiero hallar en mi senda so-  
[litaria]  
tu alma henchida de amor.  
En mí no hallarás desengaños.  
Hay en mí sólo un fiel corazón.*

*¿En dónde estás? ¡Oh, mujer de  
[mis ensueños!  
Escucha mis anhelos de amor.*

El que, juzgando por la sensibilidad que acusaba aquel modo de cantar, quisiera deducir quién era Savedra, se equivocaría a buen seguro.

Savedra no era un artista de profesión, no era un rico heredero que hubiera dedicado su vida al refinamiento espiritual, no era un acaudalado propietario que pudiera cantar mientras los otros trabajaban.



Savedra no era nada de esto. Savedra era sencillamente un bandido.

Viéndole sobre su caballo de raza andaluza, con el sombrero ancho graciosamente caído sobre una sien, sirviendo de pantalla a su mirada franca e inteligente; viendo la natural arrogancia de su figura, nadie hubiera dicho que Savedra era un malhechor.

Pero ¿era realmente un malhechor Savedra?

Eso lo dirán sus actos.

En una casita perdida en medio de la montaña se estaba desencadenando una verdadera tragedia. Sus dueños, un joven matrimonio con una encantadora niña, no habían podido pagar el impuesto aquel trimestre, y Rodríguez, el temible jefe de policía, se había presentado allí con dos agentes para proceder al embargo.

Era inútil que el matrimonio llorara y rogase, prometiendo por la salvación de su alma que pagaría antes de que finalizara el mes.

Rodríguez se mostraba inflexible y los agentes iban amontonando los muebles ante la puerta.

No es que Rodríguez—en la población le llamaba así todo el mundo, considerando tal vez que ni siquiera se merecía el tratamiento de señor — creyera que de aquellos muebles podría sacar gran cosa. A Rodríguez no le interesaban los muebles y en modo alguno se los llevaría. Era sencillamente una estratagema para amedrentar a los campesinos y hacerles sacar el dinero que a buen seguro tenían escondido.

En efecto, el pequeño propietario tenía guardado un buen montón de billetes, pero los necesitaba para hacer pagos relativos a su negocio, pagos que le parecían sagrados, mientras aquellos que Rodríguez le reclamaba eran sencillamente un robo, pues obedecían al capricho de la autoridad local.

Si él se quejara al gobernador de la provincia estaba seguro de que sería atendido, pero ¿qué sucedería entonces? Pues sucedería que su excelencia, el señor Estrada, y Rodríguez, el jefe de policía, y todos los que rodeaban a la suprema autoridad local—el mencionado señor Estrada—se confa-



bularían para hacerle la vida imposible. No sería el primer caso de protesta que se había dado en la población y el recuerdo de lo que ocurrió permanecía aún latente en las almas.

Los que osaron protestar tuvieron que abandonar la población a causa de las persecuciones de que les hacía objeto Rodríguez, por orden de su excelencia, el señor Estrada.

No, era mil veces preferible esconder el dinero, o, en último caso, pagar aunque para ello se tuviera que dejar de cumplir los ineludibles compromisos del negocio.

—¡Por Dios, señor Rodríguez! ¡Tenga usted compasión de nosotros!

—¿Acaso la tienes tú de tus deudores?

—Esas son deudas legítimas. Ellos se llevaron mi género o mi ganado. Justo es que me paguen.

—¿De modo que te atreves a decir que la deuda que tú tienes con nosotros no es legítima? Eso es un insulto que te costará caro. Pagarás una multa igual a la canti-

dad que tienes que pagar por los impuestos.

—Pero ¿de dónde, señor Rodríguez?

—No me importa. Eso es cosa tuya.

De pronto, exclamó uno de los agentes:

—¡Aquí está el dinero, señor Rodríguez!

En efecto, había dado con el escondite y blandía alegremente los billetes.

El dueño del dinero trató de recuperarlo abalanzándose sobre el agente, pero el otro lo detuvo en tanto Rodríguez exclamaba:

—¡Estupendo! Ahora nos las cobraremos todas juntas.

Fué a quitarle al agente los billetes que tenía en la mano, pero en este momento se abrió la puerta y sonó un disparo equivalente a una voz de: "¡Manos arriba!"

Comprendiéndolo así, todos levantaron las manos al mismo tiempo que se volvían hacia la puerta.

—¡Savedra! — exclamó Rodríguez—. ¡Ah, bandido! Nos has cogido a traición. Pero te aseguro que esto ha de costarte caro.

—Entretanto, hagan el favor de dejar ese dinero donde estaba y salir de aquí más que de prisa.

El agente que tenía los billetes en la mano se acercó a la arquilla donde estaban guardados y los depositó sin dejar de mirar a Savedra.

Después salieron los tres de la casa, y el señor Rodríguez el primero, más tieso que un cabo de gastadores y más temeroso que un gomo.

Ante la puerta estaba el magnífico automóvil oficial, pero cuando ya Rodríguez tenía un pie en el estribo, Savedra hizo tres disparos contra el depósito de gasolina y ordenó irónicamente:

—Es mejor que vayan a pie. Así harán un poco de ejercicio.

Y el jefe y los dos agentes, que de héroes tenían muy poco, obedecieron sin rechistar.

El matrimonio se abalanzó sobre Savedra con los brazos abiertos.

—¡Cuánto bien nos ha hecho usted amigo, mío! Por algo nosotros nos dejábamos la puerta abierta aunque sabíamos que usted pasaba por aquí todas las noches. En el pueblo se dice que usted tiene mucho de hidalgo y nada de bandido. Acabo de convencerme de que es verdad.

—No tienen nada que agradecerme. Sería la primera vez que Savedra se olvidara de que tiene corazón. Pero ¿qué hacen ustedes aquí? ¿Por qué no recogen los muebles y los vuelven a colocar en su sitio? No teman que vuelva Rodríguez. Yo me daré de vez en cuando una vueltecita por aquí y eso bastará para que los deje tranquilos.

Después vió a la niña de sus nuevos amigos que, comprendiendo también sin duda que Savedra acababa de favorecerles, se acercó a él confiada.

Y Savedra, el bandido más temido de todo el continente, dió a la niña un beso y unas monedas para que se comprara golosinas.

II

Su excelencia, el señor Estrada, la más alta autoridad de la población, esperaba impaciente en su despacho la vuelta de Rodríguez, en primer lugar para ver cuánto había cobrado; en segundo, para averiguar algo sobre la captura de Savedra.

Llamó a un ordenanza.

—Pero ¿todavía no ha vuelto Rodríguez?

—Todavía no, excelencia.

—Pero ¿qué hará ese hombre? Hace cuatro horas que se marchó para solucionar dos asuntos de escasa importancia que están resueltos en un dos por tres. En cuanto llegue, dígame que venga a verme en seguida.

El ordenanza se retiró sin desplegar los labios ni hacer el menor gesto. Sabía que entre Rodríguez y su excelencia era un peligro meterse. El señor Estrada le gritaba mucho, pero se las entendía perfectamente con él y laboraban juntos por el bien de sus bolsillos.

Por eso cuando llegó Rodríguez se limitó a decirle muy respetuosamente:

—Su excelencia desee hablarle.

Rodríguez hizo un gesto de contrariedad. Poco bueno podía decirle a su excelencia y hubiera preferido retrasar aquella conversación todo lo posible.

Entró en el despacho y avanzó con cierta timidez.

—A sus órdenes, Excelencia.

—¡Hombre, gracias a Dios! ¿Ha estado usted en el Polo norte?

—Perdone si me he retrasado, Excelencia, pero han ocurrido ciertas cosas que...

—No me cuente historias; no quiero disculpas. Las disculpas no evitarían que haya estado dos horas esperando.

—Es que...

—Conteste a lo que le pregunto. ¿Cómo han ido sus gestiones?

—Pues... no del todo bien, Excelencia.

—¡Me lo estaba figurando! Después de estar danzando todo el día ha perdido el tiempo lastimosamente. A ver; precisemos. ¿Cuántos han dejado de pagar?

—Uno...

—¡Vamos, menos mal! Entonces ¿todos los demás han pagado?

—No, Excelencia — balbuceó Rodríguez—. No he podido visitar a nadie más.

—¡Es horrible! ¿De modo que está usted cuatro horas fuera, no visita más que a uno y ese uno no le paga?

—Los agentes han ido a recorrer los cafés. Es posible que ellos...

—Deje en paz a los agentes. ¿No le da vergüenza que hagan ellos lo que no puede hacer su jefe?

—Permítame que le explique, Excelencia.

—He dicho que no quiero explicaciones. Dígame. ¿Cómo anda el asunto de SAVEDRA?

—De eso precisamente le iba a hablar.

—¿Tiene usted algún plan?

—No es eso, Excelencia. Es... que ese bandido ha tenido la culpa de que no pudiéramos cobrar. Ya teníamos los billetes en la mano.

—¿Y por qué los han soltado, estúpidos?

—Porque ha llegado SAVEDRA.

—¿Y ustedes han querido cogerle?

—No, Excelencia. Como nos ha cogido desprevenidos y por la espalda, no hemos podido hacer nada.

—¿Y le habéis entregado el dinero?—exclama su excelencia di-



digiendo a Rodríguez una terrible mirada.

—No, Excelencia. Lo volvimos a dejar donde estaba.

—¡Oh, esto es más de lo que puede soportar un hombre! Pero ¿por qué han hecho ustedes esa necesidad?

—Porque Savedra nos amenazaba con su revólver. Cuando Savedra tiene un revólver en la mano es inútil todo cuanto uno quiera hacer por defenderse. Yo le he visto echar una moneda al aire y partirla de un balazo.

—¡Basta, basta! No quiero oír más sandeces. ¿Sabe usted que ha escrito el gobernador censurándome la debilidad que estamos demostrando en el cumplimiento de nuestros deberes? Dice que en unas cosas soy demasiado rígido y en otras dejo entrever mi falta de energía. Comprenderá usted que esto último lo dice porque todavía no le he enviado a usted al diablo. Bien es verdad que la opinión del gobernador me importa muy poco. No soy un niño y sé defenderme. ¡Que vaya con cuidado!.. Pero quiero a toda costa que me traiga

usted a ese bandido. Muerto o vivo, pero tráigamelo. Se permite hasta quijotadas. Esto es una burla insoportable. Bien sabe lo que hace ese pícaro. Se conquista las simpatías de las gentes porque sabe que yo me he propuesto cortar-le la cabeza... Pero ¡ah! Estrada tiene recursos para todo. He mandado hacer unos impresos ofreciendo 10.000 pesos por la cabeza de ese pobre diablo. Mañana se colocarán por todas las esquinas y eso le ayudará a usted mucho. Si tampoco así logramos echarle el guante, no respondo de mi paciencia.

—Savedra tiene muchos partidarios, Excelencia. De no ser así, ¿cree usted que iría tranquilo por el mundo, sin temer a nadie, ni siquiera a nosotros?

—Algún enemigo le quedará. Y, si no, nacerá al calor de los diez mil pesos. Además, con que me tenga a mí por enemigo, basta. Ya sabe, quiero tener a Savedra a toda costa y le agradeceré no me lo vuelva a nombrar hasta que lo tenga cogido.

En este momento se abrió la puerta y apareció un agente.

—Excelencia...

—¿Qué quieres?

—Vengo de dar la vuelta por los cafés por orden del señor Rodríguez.

Y, al mismo tiempo que hablaba así, depositaba paquetes de moneda y fajos de billetes sobre la mesa.

—¿Han pagado todos?

—Todos menos uno.

—¿Cuál ha sido ese valiente?

—El café del Fandango.

—Siempre el mismo. Pero ¿qué se habrá creído ese imbécil?

—Es una mujer la que lo maneja, Excelencia—dijo Rodríguez—. Rosario, la bailarina.

—Pues se va a llevar un disgusto la pobre muchacha. Dictaré una orden mandando cerrar el café y mañana la ejecutáis. Acórdate de venir mañana por el papel.

El agente se cuadró e hizo un rígido saludo para retirarse.

Cuando Estrada volvió a quedar a solas con Rodríguez, éste

procuró echar tierra sobre lo que acababa de suceder.

—Veo, Excelencia, que cada vez halla usted más fidelidad en la población. El hecho de que hayan pagado tan pronto los cafés sin rechistur, lo demuestra.

—Tengo mi experiencia, Rodríguez. Sé situarme.

—Pero el gobernador...

—Ese gobernador no sabe quién es Estrada. Ya se enterará y las cosas cambiarán radicalmente.

Animado por el suave tono que había usado su excelencia, Rodríguez profundizó más en el asunto.

—Siento haber contrariado hoy a su Excelencia.

—Tiene un medio para desagraciarme y es meter en cintura a ese SAVEDRA.

Rodríguez hizo un gesto de desagrado, pero dijo:

—Su Excelencia puede tener la seguridad de que pronto se le habrán bajado los humos a ese bandido.

Después de esto, su excelencia y Rodríguez comenzaron a charlar como verdaderos camaradas.



## III

El café del Fandango era uno de los más típicos y pintorescos de la población.

Siempre estaba lleno de público.

Pero su éxito no se debía a su tipismo, sino a algo más concreto y palpable.

Ese algo era Rosario, la bailarina, la fierrecilla que traía a Rodríguez a mal traer y que, además de Savodra, constituía para él una especie de pesadilla.

El atractivo más poderoso de Rosario eran sus ojos y la expresión de ellos. En aquella mirada tranquila y soñadora había un corazón palpitando y cuando Rosario cantaba o bailaba un nimbo de pasión la envolvía. Su voz dulce,

pausada, grave, parecía una vibración del alma. Su figura era delicada y espiritual. Era como una encarnación del amor y de la sensibilidad.

Los clientes que acudían al café sabían que no iban a obtener nada porque alrededor de aquella criatura parecía haber una barrera infranqueable, pero les bastaba con verla evolucionar por el escenario o con escuchar una de aquellas canciones maravillosas, dulcísimas, que iban derechamente al corazón como effluvios personales.

Estaba el café enclavado en una pintoresca enserujada y dos faros lucían sobre la puerta dejando ver el rótulo del "Fandango" tra-

zado al parecer por una mano cubista, tan irregulares eran las letras.

El dueño era un hombre tan voluminoso como tímido. Por eso Rosario, que era enérgica y audaz, había tomado la dirección del café.

Aquella noche tuvo el Fandango un inesperado visitante: Savedra.

Al verlo entrar, el dueño se puso pálido y se echó a temblar, al mismo tiempo que Savedra se echaba a reír.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? ¿Acaso soy un fantasma?

—No es eso, don José (éste era el nombre de Savedra). Es que me parece usted demasiado atrevido viniendo aquí. ¿No comprende que se está usted jugando la vida?

—Sin ese juego, la vida no tendría aliciente para mí.

—Quiera Dios que conserve el aliciente, porque eso sería prueba de que sigue conservando la vida.

—Bueno, sírveme algo. Una bebida fuerte y fresca.

El dueño puso un vaso en el mostrador.

—Aquí no—dijo Savedra—. En una mesa. Quiero ver el programa. ¡Se habla tanto de esa Rosario!...

—Bien. Póngase siquiera cerca de la puerta... Aquí, en esta mesa, junto a la pared. Así le será fácil huir en caso necesario.

—Gracias, amigo. Eso se merece una buena propina. Ahí va.

Savedra depositó algunos pesos sobre la mesa y en este preciso instante se hizo en el café un silencio absoluto.

Era que Rosario había empezado a bailar.

Llevaba un vestido de española, muy vistoso y puesto con gracia. Las blondas de la mantilla que caían alrededor de su rostro poniéndole un marco, daban un especial encanto a su semblante, transfigurado en aquellos momentos por el ritmo de la música española.

Los pies de Rosario apenas rozaban el suelo. Había en su baile una deliciosa ingravidez que se compaginaba maravillosamente con el aire animoso y un poco bravío de la música, vibrante y sentimental, como de pasodoble toreo.

Sus ojos se entornaban soñadoramente y eran una tentación en aquel cuerpo flexible y palpitante de juventud. Ahora sí que era como una encarnación de los amores vehementes.

Savedra no perdía detalle del número. Tenía la mirada fija en el escenario y el interés se reflejaba en sus ojos, en los que había también una unción respetuosa.

Los demás espectadores se comportaban de modo muy distinto. Aunque no llegaban a la grosería porque Rosario no la hubiera tolerado, se ponían en pie para lanzar un "¡bravo!" entusiasta o arrojaban el sombrero a los pies de la bailarina.

De pronto se oyeron en la puerta unas voces imperativas que reclamaban silencio, y los músicos, asustados, dejaron de tocar y suspendió su baile Rosario.

Eran los agentes de la autoridad, uno de ellos el mismo que el día anterior había estado allí a cobrar el impuesto sin conseguirlo.

Se leía en su rostro las intenciones que les animaban y esto fué

motivo de que el dueño del café se echara a temblar.

Savedra se limitó a arrimarse a la pared y ganar la salida cuando los agentes hubieron pasado, esperando a la puerta para ver en qué acababa aquello.

Uno de los gendarmes agitaba en el aire un papel y daba grandes voces sin que nadie se atreviera a replicar. Pero de pronto bajó Rosario del escenario, utilizando como escalera el hombro de uno de los de la orquesta y su silla y se encaró con el que vociferaba.

—¿Otra vez aquí, estúpido?

—Señorita, traigo una orden...

—¿Qué orden ni qué diablos?...

Lo que tú te has propuesto es no dejarme bailar y esto se va a acabar de una vez.

—Es una orden de su Excelencia, señorita.

—Su excelencia y todos ustedes son un atajo de sinvergüenzas.

—Sí no se reporta usted habré de arrestarla.

—Antes tendrá que vérselas con mis uñas... ¡Vamos! ¡Pronto! ¿Qué le trae?

—Vengo con la orden de cerrar el café.

—¿Y la orden es ese papelucho?

—Esto no es un papelucho, señorita. Es...

—¿Un cuerno! Traiga acá.

Se lo quitó y lo leyó rápidamente. Se echó a reír con risa en la que había burla y amenaza.

—¿Y cree usted que esto es suficiente para cerrar un establecimiento?

—Su Excelencia...

—Su excelencia es un bandido como todos ustedes. Y ahora mismo voy a decírselo en la cara.

Dió al agente un empujón y echó a correr hacia la puerta con el documento.

La persiguieron los gendarmes. Savedra, que no había perdido detalle de la escena, reía de buena gana y al ver que los agentes se lanzaban en persecución de Rosario, alargó el pie y los hizo caer a todos, que quedaron amontonados ante la puerta.

Huyó en seguida en dirección contraria a la que había tomado Rosario y desde una esquina vió cómo los gendarmes se lanzaban a la persecución de la joven sin preocuparse de él.

Rosario tenía unos pies ligerísimos. No en balde parecía una paloma cuando bailaba. Ahora se diría que volaba en vez de correr.

Y, así, pudo llegar a casa de su excelencia antes de que los agentes logaran darle alcance.



## IV

Los ujiers habían intentado detenerla, pero ella les dió un empujón a cada uno y comenzó a abrir puertas hasta dar con el despacho del señor Estrada.

Este se quedó muy asombrado al verla. Llevaba todavía la bailarina su traje de escena y había entrado con el mismo ímpetu que se observa en los toros cuando salen del toril.

Tras ella penetraron los gendarmes y todos los empleados de la casa.

—¿Qué significa esto?—preguntó en excelencia.

—Eso digo yo—repuso Rosario mostrando el documento arrebatado al agente—. ¿Qué significa

esto? ¿Cree usted que es suficiente un papelucho para evitar que yo baile? ¡Qué equivocado está usted!

Ante la actitud demasiado airada y decidida de Rosario, el señor Estrada creyó conveniente suavizar la suya y para no dar un ejemplo de debilidad a su gente, les despidió:

—Retirensè. No hacen ninguna falta aquí. Si no han sabido impedirle que entrase ¿para qué puedo necesitarles ahora?

Alguno trató de formular una excusa.

—¡He dicho que se retiren!—insistió su excelencia con malos modos.

Y todos se fueron tras hacer una temerosa reverencia.

—Dígame. Explíqueme. ¿Qué sucede?

—Sucede, Estrada, que no le temo—repuso Rosario con tono retador—. A los demás podrá usted robarles hasta la respiración, pero a mí no me robará ni un céntimo porque yo no dejo robarme.

—Cuidado con lo que dice, muchacha. Por menos que eso he enviado a otros a la cárcel.

—A otros sí, pero a mí no.

—Tiene gracia. ¿Y por qué a usted no?

—Porque yo tengo recursos para evitarlo.

Y, dicho esto, se sentó en un sillón para asegurarse un zapato que estaba flojo a consecuencia de la carrera.

Para realizar esta operación puso una pierna sobre otra, de modo que sus finas inferioridades quedaron al descubierto.

Y Estrada, contemplándolas, se dijo: "En efecto, esta muchacha tiene recursos para evitar que yo la mande a la cárcel."

Se acercó a ella y le dijo con tono mucho más suave:

—Obedezco a órdenes superiores. ¿No comprende usted?

—No, no comprendo. Usted no acata órdenes de nadie.

—¡Vaya si las acato!

—¿Siempre?

Y Rosario le miraba con los ojos entornados.

Estrada sonrió.

—Siempre no. A veces...

—Esta podría ser una de ellas—dijo Rosario contriendiendo también.

—Podría ser.

—Entonces estamos entendidos—dijo Rosario levantándose del sillón porque Estrada se había acercado demasiado a él.

En este momento se oyó la voz de Savedra que pasaba por la calle cantando:

*¿En dónde estás? ¡Oh, mujer imá-  
[gaurin!]*

Ni Rosario ni Estrada conocían aquella voz, pero la joven se detuvo para escucharla.

—Es una bella canción.

—Es la canción de algún bota-



rate que anda a estas horas despertando a la gente.

—El que canta así no puede ser ningún botarate—dijo Rosario sinceramente conmovida por aquella canción cuya procedencia ignoraba.

Y Savedra seguía cantado en la calle.

*Yo busco el alivio del dolor.*

*Yo quiero hallar en mi senda so-*  
[litaria...

—Más le valiera escucharle, Estrada, para aprender a amar a una mujer.

—Para eso yo no necesito canciones, Rosario—dijo su excelencia con tono insinuante—. Necesito la mujer capaz de inspirarme ese amor.

—¿Y qué cree usted? ¿Podría encontrarla en esta población?

—Estoy seguro de que podré encontrarla—dijo su excelencia en un tono que era como el preludio de la declaración.

Pero los ojos de Rosario estaban fijos con curiosidad en un impre-

so que había sobre la mesa de escritorio.

Era un aviso con el retrato de Savedra en el que se ofrecían diez mil pesos al que entregara al bandido vivo o muerto.

—¡Ya ve usted! — le reprochó Rosario—. Ofrece usted diez mil pesos por un hombre y no es capaz de perdonarme a mí los veinte del impuesto. El que ofrece diez mil es porque tiene un millón.

—Esos diez mil pesos están muy bien empleados. ¿No ha oído usted hablar de las hazañas de ese bandido?

—No he oído hablar de él, pero me basta con ver el retrato para comprender que no es lo que usted dice. A un hombre así podría amarle yo.

—Es una razón más para que deba morir.

—No comprendo.

—Sí, usted comprende muy bien. Lo que sucede es que se complace en mortificarme porque sabe que puede hacer de mí lo que quiera.

—¡Pero, Estrada! ¡Si apenas llevamos cinco minutos hablando!

—Las pasiones, cuando más pro-

fundas son, más rápidamente se posesionan de nosotros. ¿Necesitaré decirle que no quiero que ame usted a ese cantor ni siquiera con el pensamiento porque todo su amor lo quiero para mí?

Y al mismo tiempo que pronun-

ciaba estas palabras con tono vehemente, se había ido acercando a Rosario.

Le rodeó el talle con los brazos, pero ella lo pudo rechazar.

—No se precipite, Estrada. Tenemos mucho que hablar todavía.



El canto de Savedra se había ido perdiendo en la noche. El bandido se dirigía a las afueras para tomar el camino de su refugio, perdido en la frondosidad de la montaña. Pero un hecho inesperado le retuvo en la población.

Vió que en una esquina, precisamente aquella en que estaba situado el café "Fandango", un hombre pegaba unos carteles, que tenían un retrato cuya fisonomía creyó reconocer.

El hombre los pegaba alegremente, manejando la lirocha al compás de sus silbidos.

Sí, aquel retrato era el suyo. Se acercó con cautela y por encima

del hombro del que los pegaba, leyó que se ofrecían por su cabeza diez mil pesos.

No le inquietó lo más mínimo aquel hecho. El estaba seguro de que ni por cuarenta mil se atrevería nadie a vérselas con Savedra. Además, todos le querían bien, todos menos Estrada.

—Buenas noches, amigo — dijo al que silbaba.

—Buenas noches — repuso éste en tono jovial.

—¿Qué haces por aquí tan tarde? ¿No estarías mejor en casa con tu mujer?

—¿Con mi mujer? ¿Cómo se ve que usted no la conoce!

—Y tú — preguntó señalando su retrato — ¿conoces esa cara?

—Tiene gracia la pregunta. ¿Cómo no quiere usted que la conozca si la he pegado más de cien veces en la pared?

—¿De modo que si tú vieras a Savedra le reconocerías en seguida?

—Inmediatamente. Somos amigos.

Savedra se echó a reír de buena gana.

—¿De modo que tenéis gran intimidad? ¡Bueno, hombre, bueno! ¿Y qué opinas tú de Savedra?

—¿Quiere usted que le diga la verdad?

—Naturalmente.

—Pues que no es tan malo como dicen.

—¿No?

—No, señor. Lo que pasa es que es muy valiente y que no deja pasar más de cuatro cosas. Pero pregunte usted a la gente humilde y no encontrará una sola persona que le diga que Savedra es malo.

—Ya, ya se ve que le conoces.

—¡Toma! Mire si nos conocemos que él dice que soy su mejor amigo.

—Bueno, en vista de que eres amigo de ese gran hombre te voy a convidar a una copa. Ven.

—No, gracias, no bebo nunca.

—Pero, por una vez..

—Hombre, por una vez acepto.

Y se apresuró a recoger sus bártulos y los carteles que le quedaban por pegar.

—Pero oiga usted, amigo. ¿Adónde quiere usted ir a estas horas si todo está cerrado?

—No te preocupes por eso. Nos abrirán.

Y se dirigió a la cercana puerta del café y lanzó al aire las primeras notas de un canto tan dulce que "el íntimo amigo de Savedra se quedó boquiabierto". Y aun se asombró mucho más cuando vio que la puerta se abría.

—Ven, amigo — dijo Savedra entrando en el café.

Y "el amigo" le siguió mientras murmuraba:

—¡Si yo tuviera una voz así!

...

Savedra comenzó a pedir y a variar en el vaso de Paco, que así dijo llamarse el fijador de carteles, botellas de cerveza, y en menos que canta un gallo se sintió el infeliz tan sumido en la niebla del alcohol, que los dobles de cerveza no los veía dobles, sino cuádruples.

La borrachera excitó su fantasía y aquella lengua comenzó a lanzar las mentiras a chorros. "Savedra le trataba como un hermano y él, que era muy generoso, lo perdonaría que fuera por el mundo fijando aquellos carteles en que se ponía a precio su cabeza."

—Puedes estar seguro de que te lo perdonará—dijo Savedra.

—¡Ya lo creo! ¿Acaso lo conoce usted?

—De vista nada más.

—Pues a ese hombre hay que conocerlo a fondo para saber lo que vale.

—Mucho debe de valer cuando sus enemigos ofrecen por él diez mil pesos.

—Usted lo ha dicho, compare.

En este tono continuó la conversación hasta que Paco se puso en pie como pudo y dijo cogiendo los carteles que había sobre la mesa:

—Voy a terminar de pegar estos carteles. Mi gran amigo Savedra sabrá perdonarme.

Pero Savedra le obligó a sentarse poniéndole una mano sobre el hombro.

—Paco, tú no estás en situación para andar por las calles. Es mejor que te quedes aquí a dormir.

—En efecto, estoy bastante curda, pero los carteles se han de pegar antes de...

—Dame los carteles. Yo los pegaré por ti.

—¿De veras va usted a hacerme ese favor?

—En menos de un cuarto de hora los pego todos.

—Es usted lo que se llama un amigo. Ahí va mi mano.

Savedra se la estrechó y salió del café después de decir al dueño que dejara a Paco dormir.



V

En el despacho de Estrada continuaba la interesante escena entre su excelencia y la bailarina.

Ella había logrado despertar el corazón de Estrada hasta el punto de que su excelencia había perdido toda la gravedad de su cargo y demostraba las vehemencias de un estudiantillo.

Rosario, en cambio, se mostraba cada vez más tiránica y no cesaba de hablar de condiciones.

—Pero ¿qué es lo que quieres? —preguntó Estrada.

—Que no me cierre el café.

—Concedido. ¿Eso es todo?

—Ya veremos. Y para demostrar al público que no habrá nuevos llos, quiero que vaya usted mañana

por la noche a verme bailar. Eso inspirará confianza a los clientes.

—¡Pero, Rosario!... Un lugar tan público, y un hombre de mi...

—¿Se avergüenza de venir a mi café?—exclamó Rosario fieramente—. Pues bien, no hay nada de lo dicho. Es usted un hombre detestable.

Se dirigió hacia la puerta, pero Estrada la detuvo.

—¡Aguarda, aguarda, mujer! No seas tan impulsiva. ¿Qué quieres? ¿Que vaya al café mañana por la noche? Pues bien, iré.

—Así me gusta.

—Pero has de corresponderme. Yo te complazco en todo. También tú debes complacerme a mí en algo.

—Mañana le dedicaré una canción.

—¿Y nada más?

—¿De modo que le parece poco una canción mía? Eso es como decir que mi arte no vale nada. ¡Le detesto, le detesto!

—Pero ven aquí, criatura. Yo, aunque no te he oído cantar, presumo que debes hacerlo deliciosamente, a juzgar por la dulzura con que hablas. Tu canción me hará soñar. Pero ¿no comprendes que yo he de desear algo más de ti? ¿No comprendes que estoy borracho de tu belleza? ¡Oh, Rosario, soy tuyo, enteramente tuyo!

Ella sonreía satisfecha de su triunfo. Estrada temblaba. De pronto, sin poder contenerse, la rodeó con sus brazos y la besó en el cuello.

Rosario, al mismo tiempo que había echado la cabeza hacia atrás defendiendo sus labios, retrocedió hasta apoyarse en la mesa y, como por azar, apoyó la mano en los timbres y los hizo sonar todos de una vez.

La puerta se abrió en seguida y aparecieron varios ordenanzas y los agentes de guardia.

—Excelencia...

Al oír esta voz, Estrada, que todavía tenía la cabeza hundida en el hombro delicado de la bailarina, se sobresaltó, y se turbó al comprobar que el final del beso había unido numerosos espectadores.

—¿Qué significa esto?—rugió.

—¿Quién os manda entrar sin pedir permiso?

—Han sonado los timbres, Excelencia.

—Yo no los he tocado.

—Acaso la señorita...

—¡Oh!—exclamó Rosario compungida—. No los había visto.

Y fingiendo no poder soportar la vergüenza de lo ocurrido añadió:

—Me marchó, excelencia.

—Bien, bien—repuso Estrada, que también quería poner fin cuanto antes a aquella situación embarazosa—. Acompaña a la señorita hasta la puerta.

Y Rosario, antes de salir, como



si de pronto hubiera desaparecido su rubor, se volvió en el umbral y dijo:

—No se olvide de lo prometi-

do, excelencia. Mañana por la noche...

—Bien, bien...—repuso Estrada muy azorado.

\*\*\*

En la misma puerta se encontró con Sacedra, que estaba pegando un cartel en la fachada del edificio de Estrada.

Cantaba al mismo tiempo:

*¿En dónde estás? ¡Oh, mujer im-  
gitoria!*

Y aquella voz que tan vivamente había impresionado a la bailarina la hizo detenerse para escuchar.

Como también a Sacedra le había causado Rosario profunda impresión, al verla dejó a medio pegar el cartel y se acercó a ella.

—¡Hola, pequeña! El salir a estas horas de casa de Estrada no dice nada en su favor.

Había hablado con aquella franqueza que le caracterizaba, pero Rosario le respondió con su altivez habitual:

—¿Quién es usted para llamarme pequeña? ¿Y qué le importa la hora que es y de dónde salgo?

—Las mujeres bonitas me importan siempre.

—Siga usted con su oficio de fijador de carteles y no se meta donde no le importa. Supongo que será usted el primero que intente matar a Sacedra por la espalda para cobrar el premio.

Sacedra se echó a reír.

—Yo soy el único que no puedo matar al bandido por la espalda, señorita.

—¿Por qué?

—Porque no me llega el brazo. Mire.

Y simuló darse una puñalada en la espalda.

—¿Ve? Sería un golpe en falso. Apenas llego dos dedos más abajo

de la clavícula. Con un revólver sería peor, porque tendría que disparar a ciegas.

—Pero ¿qué está usted diciendo? Usted ha bebido demasiado.

—No he hecho más que humedecerme los labios con cerveza... Pero yo le explicaré lo que usted no comprende. Como más tarde o más temprano ha de saber quién soy yo, sepa desde ahora que está usted hablando con el mismo Savedra.

—Usted se burla.

—Compáreme con el retrato—dijo entregándole un cartel.

—El cartel ya lo he visto—repuso Rosario—. Lo que no he visto es su cara. ¡Está tan oscuro!...

—Tiene razón. Me colocaré debajo de aquella luz. Venga usted y no tema, que Savedra es un caballero para las mujeres.

Rosario le siguió con curiosidad y se quedó estupefacta al ver que aquel semblante era exactamente el mismo que el que ilustraba el cartel.

—¿Se convence usted ahora?

—Sí... sí...—repuso Rosario sin salir de su asombro.

—Pues bien, también yo ahora la he visto de cerca y sé que Estrada tiene muy buen gusto.

—¿Estrada? ¿Qué se figura usted? ¡Oh, es usted como todos: un imbécil!

—¿No teme usted a un bandido tan terrible como yo?—preguntó Savedra con tono insinuante.

—¡Yo no temo a nadie, estúpido!

—Voy a castigar tu mala lengua.

Y Savedra trató de cogerla de una mano sin duda con intención de besar aquellos labios que miraban fijamente, pero Rosario logró desasirse y echó a correr.

Notó que Savedra no la perseguía, pero que sí iba tras ella su risa franca y jovial.

Después le oyó reanudar la canción, sin duda al mismo tiempo que reanudaba el trabajo.

Y Rosario pensó:

—A fe que me gusta el bandido.

VI

También Savedra pensaba insistentemente en Rosario.

De pronto tuvo una ocurrencia que se apresuró a poner en práctica. Se sentó en un portal y escribió sobre el cartel de encima:

*"Estrada. Me gusta tu bailarina. Mañana por la noche iré al café a*

*besarla. Agradecería que estuvieras por allí.—Savedra."*

Copió el párrafo en todos los carteles, con letras lo bastante gruesas para que se pudiera leer desde lejos y siguió pegándolos y cantando.

\*\*\*

Al día siguiente la gente se amontonaba en torno de los carteles haciendo comentarios.

—Ese Savedra es un valiente de pies a cabeza.

—Como que si todos fuéramos

como él otro gallo le cantara a nuestro querido señor Estrada.

—¡Y le desafía a asistir al espectáculo!

—Pero a mí me parece que no irá.

—El que dice eso es que no conoce a Savedra.

Una voz de mujer preguntó:

—¿Y quién es esa bailarina?

El hombre que estaba a su lado contestó:

—La criatura más salada que hay bajo la capa del cielo.

—Mejorando lo presente —dijo con gusca el del otro lado.

—Pero ¿quién es? —insistió la mujer.

—Pues Rosario, la bailarina del café "Fandango".

—¿Esa caña con faldas?

—¿A qué llama usted caña, señora?

—A lo que se pone en las escobas.

—Pues lleve usted cuidado de que no se entere la niña de lo que acaba usted de decirle, porque va a darle de escobazos.

—¿A mí?

Se puso en jarras, pero su actitud no hizo el menor efecto. Estaba tan gorila, que unos palmos más de anchura nadie los podía notar.

—A usted lo que le pasa, señora, y permítame la franqueza, es

que Savedra habla aquí de besar a esa joven y eso no se lo perdona usted.

—¡Habrás visto tío indecente!

—¡Señora, váyase usted a rodar!

Como la mayoría estaba formado por hombres, fué inútil que algunas mujeres se pusieran de parte de la voluminosa protestante, pues para cada una había cuatro demonios que estaban dispuestos a defender a Rosario con la vida, de modo que el sexo bello tuvo que emprender la retirada.

Cuadros semejantes a éste se reproducían allí donde había uno de los carteles pegados por el propio Savedra, pero la escena cambió fué la que se desarrolló en el despacho de su excelencia.

Rodríguez se presentó con un cartel en la mano. Era uno de aquellos carteles en que Savedra había escrito las palabras retadoras.

Estrada se puso lívido.

—¿Qué significa esto?

—Ya lo ve su Excelencia. Ese Savedra es un cinico.

—El cinico lo es usted que tiene

valor para presentarse delante de mí mientras el bandido se pasea por el pueblo y se burla hasta de la autoridad. Su única misión es prenderle. ¿Cuántas veces quiere que se lo diga? ¡Que arresten al que fija los carteles! Y usted no vuelva a presentarse delante de mí hasta que pueda traerme a ese estúpido bandido.

Rodríguez se inclinó, disponiéndose a retirarse, pero Estrada le detuvo.

—Oiga—dijo cambiando de tono—. ¿Conoce usted a esa bailarina del café "Fandango"?

—Sí, Excelencia.

—Pues bien, que la traigan en seguida.

...

La llamada sirvió para que Rosario se enorgulleciera de su triunfo. Bien seguro estaba Estrada, que al siquiera un día podía esperar.

Así lo manifestó al entrar en el despacho.

—¿No ha tenido paciencia, Estrada? Es usted un chiquillo vehementemente.

—No se he llamado por eso, Rosario.

En este momento se oyó en la calle aquel canto que tanto había impresionado a Rosario y que ahora ya sabía quién lo entonaba.

¿En dónde estás? ¡Oh, mujer im-  
[ginaria!

—¿Acaso me ha hecho venir para que oyera esa canción?

Y salió al balcón, que estaba abierto.

Estrada la cogió de una muñeca y la hizo entrar un poco violentamente.

—¿Quieres que todo el mundo se entere de qué estás aquí?

—¿Se avergüenza de mi amistad? ¡Vaya un cariño! ¡La tonta he sido yo creyéndole, estúpido!

—¡Pero, criatura, ven acá! Eso



no quiere decir que me avergüen-  
so de ti. Si me avergonzara ¿crees  
que te mandaría llamar?

—Bien ¿qué quería usted decir-  
me?

—Se trata de José Savedra.

—Diga, diga.

—Ha dicho públicamente que te  
besará.

—¡Oh!

—¿Qué dices a eso?

—Digo que no tiene mal gusto  
el bandido y que usted está celoso.

—Tal vez, pero lo que quiero  
ante todo es evitar que te insulten.

—¿Quién me ha insultado?

—Savedra.

—¿Por lo del beso? Entonces  
también me ha insultado usted, que  
ha tratado varias veces de besar-  
me.

—No es eso. Es que da por su-  
puesto que tú y yo... Lee.

Le ofreció el cartel que le ha-  
bía proporcionado Rodríguez.

Rosario se estremeció al leerlo.

—Pero ¿qué dice este hombre?

"*Tu bailarina.*" ¿Que yo soy su  
bailarina? ¡Ah, bandido! ¡No que-  
dará esto así!

Estrada se alegró de la reacción  
experimentada por Rosario.

—¿Qué piensa hacer?—pregun-  
tóle la bailarina.

—Lo que él quiere que haga. Me  
reta a que vaya al café. Tenía que  
ir para verte bailar, pero ahora iré  
más a gusto. La casa estará rodeada  
por la policía. Le dejaremos entrar,  
pero saldrá atado codo con codo.  
Si te alias con nosotros tu vengan-  
za será completa. Tú, desde el es-  
cenario, puedes...

Había ido bajando la voz hasta  
convertirla en un susurro.

Rosario le escuchaba...



VII

Para el café Pandango fué un acontecimiento la asistencia de Estrada. Estaba éste sentado al lado de Rodríguez. La mesa era una de las más próximas al escenario. Como siempre, la sala estaba llena de público y esto no agradó mucho a Estrada. Eran gentes de baja estofa que le ensuciaban el smoking con sus ropas plebeyas, que fumaban tabaco fuerte y tomaban bebidas baratas.

—Verdaderamente, Rodríguez, este café no vale los pocos pesos que ha de pagar como impuesto.

—Por eso no los paga, Excelencia.

—¿Qué significa esa sonrisa, Rodríguez? Usted se burla.

—¿Cómo puede pensar eso de mí, Excelencia? Usted tiene en mí un servidor y un confidente. Le ayudaré en todo, Excelencia, ¡en todo!... hasta en los asuntos extraoficiales.

—Usted, Rodríguez, tiene dos virtudes: la de exasperarme y la de ganarse mis simpatías. Esta vez ha sabido usted conquistarme.

—Ahí está, Excelencia.

Estrada miró al escenario y vió que, efectivamente, allí estaba "su bailarín".

Se había producido un gran revuelo en la sala. Menudearon los jolés! y varios la llamaron "mi niña".

Llevaba un traje enteramente

blanco, de finos encajes. Era algo así como un capricho español. De la peineta alta caían suavemente los pliegues de una mantilla del mismo color.

Su primera mirada fué para su excelencia, que se estremeció de placer al sentirse acariciado por aquellos ojos que le enviaron su apasionado resplandor por encima del abanico.

—¿Qué le parece, Rodríguez? —preguntó Estrada con una alegría un tanto pueril y desde luego impropia de un hombre de su categoría.

—Deliciosa, Excelencia.

—¿Verdad?

—Una mujer así es lo único que le faltaba a su Excelencia.

Rosario comenzó a cantar. Se hizo en seguida un silencio absoluto.

*Sólo tú para mí. Donde estés,  
yo bien sé que oirás mi voz.  
Sólo tú al escuchar mi cantar  
bien sabrás unir los dos.*

*Otros ojos mirarán con ruego,  
mas yo otros labios a besar me*

[niego.

*Sólo tú para mí. Yo bien sé  
que no espero en vano en ti.*

Mientras cantaba no apartaba los ojos de su excelencia, y esto hizo que a Estrada le pareciera la canción mucho más encantadora todavía de lo que en realidad era al unirse a la dulce voz de Rosario.

—¿Qué le parece, Rodríguez?

—Lo dicho, Excelencia: deliciosa.

—Realmente no me extraña que Sacedra se juegue por ella la vida. Pero, ahora que me doy cuenta, ¿quién sirve aquí?

—Creo que el camarero es aquel mozo tuerto que está ahora junto al mostrador.

—Pues que nos traiga una botella de champaña.

Rodríguez dió fuertes palmadas y se acercó el mozo tuerto. Llevaba éste cubierto el ojo inútil con un trozo de trapo negro y un sucio bigote le cubría el labio superior.

Cuando se fué después de recibir el encargo de Rodríguez, Estrada exclamó:

Savoca era sencillamente un sándwich.



Rosario había empezado a bailar.



—Siente, entrada, que no la tiene.



—... yo tengo recuerdos, para vivirlo. }





Ofréce usted diez o il pesos por un hombre...



— No se olvide de lo prometido, excelencia. Mañana por la noche...



— ¿Quieres que todo el mundo se entere de que estás aquí?



— Si me avergüenza, ¿por qué te mostraría llamar?



— ¿Que quiere?  
— Un beso.



...Sevedra avanzó...



— Ya ves, esto no es tan lúcido como la casa de Esirada, pero es menos peligroso.



— No quiero oír canciones serenas.





Hacia arriba a la guardia...



Después de haber sabido que todo  
a su amada con sus canciones.



-Hola querida! ¿Vienes a recoger noticias?



...Después se dejaba llevar en brazos de Savitri...

—¿Qué camarero tan desagradable!

—En estos cafés de baja estofa ya se sabe, Excelencia. Más que establecimientos parecen guaridas.

—¿Habrá llegado Savedra?

—Me lo habrían dicho en seguida, Excelencia. Esta es la orden que tienen los que rodean la casa.

—¿Y están bien guardadas todas las salidas?

—No hay un hueco en la casa que no esté vigilado.

Llegó el mozo con la botella de champaña y la descorchó con tan mala fortuna que puso a Rodríguez y a su excelencia hechos una sopa.

—¿Qué has hecho, estúpido?

—Dispensen ustedes. Es un champaña tan bueno que no respeta nada.

—Yo creo que el que no respeta nada eres tú, majadero.

Rodríguez acabó a su Excelencia con el pañuelo y si el mozo pudo librarse de las iras de Estrada

fué porque éste tuvo una repentina preocupación.

—¿Dónde está la muchacha, Rodríguez?

—En su camerino a buen seguro, Excelencia. Debe de estar preparándose para el número siguiente.

—Deme un lápiz y un papel.

Escribió en él una breve frase y se lo entregó al mozo.

—Lleva esto a la señorita Rosario. Date prisa.

El camarero obedeció con una diligencia impropia de él.

Pero la puerta del camerino de la artista estaba guardada por dos gendarmes. Su excelencia no podía olvidar que Savedra había prometido besarla.

Por eso los guardianes detuvieron al camarero.

—Nadie puede entrar aquí.

—Yo sí, pues vengo con una orden de su Excelencia. Miren la firma.

—Está bien, pase.

...

Rosario estaba dándose los últimos toques ante el tocador cuando sonaron unos golpecitos a la puerta.

—Adelante—contestó.

Y al ver al camarero continuó arreglándose.

—¿Qué quiere?

—Este papel, señorita Rosario.

Rosario lo leyó. Estrada que quería verla y la preguntaba dónde.

Arrojó el papel sobre el tocador y continuó arreglándose.

El mozo no se movía de allí.

—¿Qué espera?—preguntó la artista.

—Un beso.

Al oír estas palabras, pronunciadas con tono seguro y firme, Rosario quedó muy sorprendida y se puso en pie y se volvió para mirar al camarero.

Y su asombro fué mucho mayor cuando oyó aquella voz inconfundible de Savedra en labios del mozo.

Era una canción llena de insinuaciones y andancias.

Rosario permaneció inmóvil, escuchándola, y aunque había prometido vengarse del bandido, la actitud placentera con que le escuchaba continuó cuando el camarero se arrancó la peluca, los bigotes y el trapillo que le cubría el ojo, mostrando el rostro de Savedra, aquel rostro que la artista había visto la noche pasada bajo la luz de un farol.

Estaba visto que aquel hombre era más fuerte que su orgullo de mujer y que sus canciones ejercían sobre ella un efecto fascinador.

Apoyada en el tocador, permanecía mirándole fijamente, cuando Savedra avanzó, la rodeó con sus brazos y le dió un largo beso, sin que ella hiciera nada por impedirlo.

Sólo cuando el bandido se había marchado, reaccionó y salió de su camerino hecha una furia.

Pero en el fondo de su indigna-



ción había una extraña complacencia.

Se acercó a Estrada.

—¿Qué ha hecho? ¿Cómo me ha mandado a Savedra?

—¿Dónde está?

—Es ese camarero que usted me ha mandado.

—¡Pronto, Rodríguez! ¡Dé usted las órdenes oportunas!

—¡Por mucho que haga usted habrá de quedarme con el beso!

—¿Qué beso?

—El que él me ha dado. Lo prometió y lo ha hecho. Se ha burlado de nosotros. ¡El muy bandido!

—¿Pero dónde está?

—¡Echele un galgo! A estas horas ha salido ya del pueblo.

Pero Savedra no había salido ni siquiera del café. Estaba en el cuarto del dueño cambiándose de ropa y desde allí oyó el inusitado movimiento que reinaba en el salón.

Lo malo era que la pequeña ventana por la que había convenido con Paco escapar, estaba al lado opuesto y, para llegar a ella, ten-

dría que recorrer toda la especie de galería que rodeaba a la sala principal.

Mientras se vestía discurrió acerca del modo de atravesar la zona del peligro y, cuando salió del cuarto, no tuvo más que poner en práctica su plan.

La galería del otro lado, por ser allí donde estaban las ventanas que daban a la calle, se hallaba tomada por la policía y al ver salir a Savedra los agentes corrieron hacia él, dejando libre aquel lado. El bandido, entonces, tiró del hilo que estaba sujeto a la lámpara central y, colgándose de ella, fué por el aire hasta el lado opuesto, ganando la ventana que le convenía para salir.

De ella saltó a un carro lleno de paja que guardaba Paco y desapareció entre la carga al mismo tiempo que la policía salía del café.

—¿Dónde está el bandido?— preguntaron a Paco.

—¿Qué bandido?

—¿Qué bandido ha de ser, ma-

jadero? El que acaba de saltar por la ventana.

—¡Tiene gracia! Me ha dicho: "No digas nada, que estamos jugando al escondite". Y ha echado a correr calle arriba.

Y calle arriba fueron todos los guardias.

Cuando Savedra salió de su escondrijo, el café y la calle estaban desiertos.

El  
flad  
para  
ella  
A  
exce  
Desa  
abie  
tun  
rio  
una  
char  
tran  
har.  
—  
a ha  
—  
ní  
no l

## VIII

Estrada estaba cada vez más chifado por aquella criatura incomparable y se dejaba manejar por ella como un muñeco.

Ahora, frente a la casa de su excelencia había bullicio de fiesta. Desde la calle, a través del balcón abierto, podía verse la pareja un tanto desigual que formaban Rosario y Estrada, sentados los dos a una mesa en la que dos copas de champaña ponían el adorno de su transparencia líquida, color de ámbar.

—Ya ves lo que estoy llegando a hacer por ti, Rosario.

—Pero antes se avergonzaba de mí porque bailaba en el café. Eso no lo olvidaré nunca, Estrada.

—Tú sólo guardas en la memoria lo que te conviene. En cambio olvidas que desde hace una semana estoy dando que hablar a la gente por ti. La fiesta que te estoy dando hoy no se la daría ni al mismo gobernador si viniera. Esto es impropio de un hombre que desempeña un cargo como el que yo desempeño. Pero es, Rosario, que te amo tanto...

—Si usted compromete su reputación, también yo la comprometo. En esto no se le ha ocurrido pensar nunca, ¿verdad?

—Yo sólo pienso que por ti estoy dispuesto a todo, y no me importa lo que pueda sucederme, con tal de que tú seas feliz y serlo yo

a tu lado. Pero advierte una cosa. Yo te doy todo lo que quieres y tú no me das nada. ¿Hasta cuándo va a durar esto, Rosario?

—Eso no es verdad. Usted no me da todo lo que yo quiero. Usted no me defiende, como defiende un hombre a una mujer que ama de verdad.

—¿Por qué me dices eso?

—Ya sabe usted por qué lo digo.

—Yo no sé nada, Rosario.

—Pues se lo voy a decir. ¿Por qué consiente que SAVEDRA me insulte? ¿Por qué no le manda a la cárcel?

Había en los ojos de Rosario aquel extraño fulgor de mujer dominadora que tan frecuentemente los embellecía. ¿Era que realmente quería ver en la cárcel a SAVEDRA? No, ella no sabía lo que quería. Ella no sabía si odiaba al handido o lo adoraba. En cambio, estaba segura, bien segura, de que aquel ESTRADA, que era una verdadero verdugo para los pobres y robaba con impuestos ilegales a todos los habitantes del pueblo, no le inspiraba más que desprecio. Y si estaba allí, si continuaba soportándole era pre-

cisamente para impedir que le robara a ella, mejor dicho, al café del que ella era el alma y el cual habría tenido que cerrar las puertas de seguir pagando el impuesto, desproporcionado a las ganancias, que ESTRADA le había señalado.

Le parecía que se vengaba de los demás vecinos que no tenían más remedio que pagar, haciéndole gastar el dinero en fútiles caprichos que ni siquiera de goce le servían, como aquel día, por ejemplo, en que le había obligado a hacer un buen derroche, sólo en músicas y en champaña, para celebrar su primera semana de relaciones, relaciones muy pintorescas, en las que, como ESTRADA decía muy bien, daba mucho a cambio de nada.

De pronto se oyó en la calle una voz bien timbrada que cantaba con singular gracia:

*Digan, chicos, atención.*

*Aquí está la nueva invención.*

*¿Quién compra? Compren  
un juguete colosal.*

*Comprenlo aquí.*



*Mono en un cordel  
¡Qué gracioso es él!  
Simple a manejar  
hasta con estirar  
sube y baja así  
y sin protestar  
obedece fiel  
baila sin cesar  
sólo con tirar  
así del cordel.*

*Pero hay que admirar  
esta gran lección  
que el monito da,  
desde su cordón.  
Nos dice que al fin  
el hombre es como él  
en su condición  
si hay un dictador  
que nos tire del cordón.*

*Mono yo, mono tú,  
lo que hago, haces tú,  
Si hago sin-ga-sin,  
haces sin-ga-sin tú.  
¡Ay!... ¡Qué gusto nos da  
ver los monos bailar  
y hacer su miseria olvidar!  
Dócil como él  
mono en un cordel*

*fácil de operar  
sólo hay que estirar.  
Mas no hay que olvidar  
esta gran lección  
que el monito da  
que hay un dictador  
que nos tira del cordón.*

El que así cantaba era un muchacho joven y fuerte, de simpático semblante y ademanes resueltos. En su voz había reconocido Rosario la de Savedra, y Savedra era en efecto, pero al salir al balcón se quedó sorprendida al ver que el cantor era un verdadero ambulante de muñecos y chucherías.

No sabía que Savedra la seguía a todas partes y para pasar inadvertido adoptaba cualquier disfraz.

Pero el vendedor ambulante se perdió entre la multitud, y entonces fué éste el que reparó en Rosario.

Los hombres comenzaban a dar voces que eran un saludo para la bailarina, y las mujeres, aunque algo celosas, aplaudieron y vitorearon a la artista que había lo-

grado hacerse famosa en la población.

Entonces ella, que vivía especialmente para su público, volvió al lado de Estrada y le dijo:

—Mi gente me llama. Me voy. Luego subiré.

—Pero no seas imprudente, muchacha. ¿No comprendes que con estas informalidades te pones en evidencia y haces que me ponga yo también?

—Yo no puedo desairar a mi público. Eso te lo he dicho muchas veces.

Y sin esperar respuesta, ganó la puerta del piso y bajó a todo correr las escaleras.

Cien brazos la rodearon en la calle, que la levantaron en vilo, en tanto otras personas sacaban de una casa vecina una mesa y sobre ella fué depositada Rosario con la súplica de que bailara.

No tuvieron los espectadores que repetir el ruego. Rosario, con aquella gracia tan suya y con aquel don de improvisaciones que era su característica más admirable, ofreció al público un baile del que no existía el menor precedente y que era

algo así como una mezcla del castizo fandanguillo andaluz y de los cadenciosos bailes mejicanos.

Desde el balcón la contemplaba Estrada. Al lado de su excelencia estaba Rodríguez, al cual dijo aquél:

—¿Verdad, Rodríguez, que no hay en toda América otra mujer igual?

—Su Excelencia ha sido siempre hombre de buen gusto—repuso Rodríguez con aquella diplomacia y aquella habilidad que le habían valido llegar al lado del jefe en calidad de hombre de confianza.

Hubo una pausa y dijo su excelencia:

—Pero sucede, Rodríguez, que esta criatura es de una virtud inquebrantable. A usted le parecerá mentira, ¿verdad?

—No, Excelencia. De no ser una presa difícil y digna no estaría usted tan enamorado de ella.

—Usted siempre tan adulador, Rodríguez, y tan mal jefe de policía.

—Sin embargo, Excelencia, tengo algo de detective, y gracias a eso sé que su Excelencia desea ob-

tener de esa joven algo más que dulces palabras y agradables sonrisas.

—No se necesita ser un Sherlock-Holmes para adivinar eso, Rodríguez.

—Pues bien, Excelencia, yo tengo un plan, para que esa muchacha no se ría de usted.

—¿Qué plan es ese?

—Muy sencillo, Excelencia. Abajo está siempre vuestro coche, y a nadie puede extrañar que yo le haga colocar ahora ante la puerta. También es muy natural que usted ceda su automóvil a la bailarina

para que la lleve a casa después de la fiesta. Y suponga usted que el chofer, convenientemente aleccionado, en vez de ir a casa de la bailarina, va a la casa que tiene usted en el campo, tan discreta y solitaria...

—La muchacha queda allí como prisionera y de pronto me presento yo. No hay nadie que la pueda defender. Ella es débil y yo fuerte. ¿No es eso, Rodríguez?

—Exactamente, Excelencia.

—Entonces encárguese de todo. Le aseguro que no le pesará.

IX

Entretanto, Savedra, que se había reunido con su amigo Paco y que había visto con él aparecer de pronto el magnífico automóvil de Estrada frente a la casa, preguntó al fijador de carteles:

—¿No te extraña la aparición de ese auto cuando tan ocupado está su excelencia?

—Ese auto—repuso Paco—siempre suele estar aquí. ¿No comprendes usted que un buen general siempre tiene cubierta la retirada?

—Sin embargo, ahora me parece inoportuno.

Apenas hubo terminado de pronunciar estas palabras, oyó al otro lado del auto una voz que decía al chofer:

—Ya sabes, Manuel. Yo te dije que llevases a la señorita a su casa,

pero tú la conducirás a la casa de campo de su Excelencia.

Savedra se emocionó al oír estas palabras y con tanta fuerza apriisionó el brazo de Paco que éste lanzó una exclamación de protesta y de dolor.

—¡Calla, necio!—dijo el bandido—. ¿No comprendes que la situación es bastante grave?

—No comprendo nada.

—Pues bien claro acaba de decir ese Rodríguez del demonio al chofer, que correte con la señorita Rosario una cosa que no es más que un secuestro.

—No he oído nada.

—¡Cuando yo digo que tú eres tonto! En fin, ven conmigo y yo te diré lo que has de hacer.



\*\*\*

La primera orden que Savedra dió a Paco fué la de que alquilara un carro y lo cargara de paja.

—¿Otro carro de paja? Está viato que usted no saber concebir un plan si no pone la paja por en medio.

—Tú obedéceme y verás como nos reímos de ese hárbaro de Estrada.

Paco obedeció y a los cinco minutos conducía por la carretera un carro cargado de paja dando voces a un borrico de su propiedad que sin duda era hembra, pues se llamaba Mariana.

Savedra le seguía a caballo y cuando hubieron avanzado algunos kilómetros, le ordenó se detuviera y allí estuvieron charlando alegremente hasta que oyeron en la lejanía el ruido de un motor de automóvil.

—Ahí viene—dijo Savedra—. Ahora yo me retiraré a un lado del camino y tú te cruzarás en la

carretera cuando venga el auto, con objeto de no dejarle pasar. Me apoyaría la cabeza a que la estratagema da buen resultado.

Paco protestó. ¿Cruzarse él en medio del camino cuando un auto venía velozmente y el rápido recodo que hacía allí la carretera impediría ver al chofer que el paso estaba interceptado?

Pero Savedra estaba ya fuera del camino y le repetía desde allí la orden, dándole detalles acerca de cómo tenía que hacer la maniobra en un tono que hacía ser la desobediencia imposible.

Y Paco cruzó el carro en el camino y elevó al cielo la mirada y una oración.

Pero el chofer fué más listo que ellos y en vez de detenerse arremetió contra el carro dándole a Paco el tiempo justo para saltar por encima de la cabeza del animal.

Quedó en la carretera un man-



tón de paja y de astillas y el auto continuó su camino velozmente, pero Savedra, que no era de los que se desaniman al primer contratiempo, picó espuelas a su caballo y siguió al coche hasta darle alcance.

De la silla saltó al estribo, pudiendo ver entonces que al lado del chofer iba un recio y uniformado guardia de Rodríguez.

También ellos vieron a Savedra, pero ya éste tenía el revólver en la mano y les amenazaba con hacerles una desagradable caricia en la cabeza si no bajaban inmediatamente del coche, cosa que el guardia y el mecánico se apresuraron a hacer, después de entregar al bandido sus armas.

Entonces les obligó Savedra a regresar al pueblo a pie y sin volverse, y también en esto le obedecieron los servidores de Estrada.

Se abrió de pronto la portezuela del auto y apareció el indignado rostro de la bailarina.

—¿Qué significa esto? ¿Es que se ha propuesto convertirse usted en mi sombra, mejor dicho, en mi mala sombra?

—Muy bonito. ¿Es así cómo me agrada o que la salve?

—Yo no necesito que nadie me salve en ningún caso. Siempre encuentro el medio para salvarme por mí misma.

—Sin embargo, no hubiera estado de más que agradeciera mi buena intención.

—Yo no puedo crear en la buena intención de una persona que me atropelló una noche en el camecino.

—¿Llama usted atropellar a dar un beso?

—Claro que sí. Y no por lo que un beso en sí representa, sino porque la persona que me lo dió no me agradaba.

—Muchas gracias por la delicadeza.

—No puedo tener delicadeza con un bandido.

—Es verdad.

Había llegado Paco en este momento al lado de Savedra y el bandido le dijo:

—Ve en busca de un cura y tráelo a mi casa. Allí os esperamos la señorita Rosario y yo.

—¿Para qué quiere usted un cura?

—Ve por él y no te metas en lo que no te importa.

Se alejó Paco y entonces advirtió Savedra que aprovechando aquel momento de distracción, Rosario se había marchado, hallándose ya tan lejos, que desconfiaba de poder alcanzarla a pie.

Pero allí estaba su caballo y a él saltó Savedra con aquella maestría que le hacía no sólo el bandido más invencible de los caminos de Centro América, sino también el mejor caballista en aquellas regiones donde abundan los maestros de la equitación.

\*\*\*

Entretanto, su excelencia, ignorante de los incidentes que se habían desarrollado en las cercanías de su casa de campo, se componía y se perfumaba como el estudiante que va a acudir a su primera cita.

—Ya sabe usted, Rodríguez. Pasaré la noche fuera y regresaré mañana a primera hora. Si entretanto hubiera algún asunto urgente, despáchelo usted mismo, pues estoy seguro de que lo hará usted exactamente como lo haría yo.

Estaba su excelencia rebozante de gozo y se sentía más joven que a los veinte años.

—¿Usted qué opina, Rodríguez? ¿Se enfadará mucho la muchacha?

—No creo que se enfade, Excelencia. Pero aunque sucediera así, pronto se le pasaría el enfado, al verlo.

—Amigo Rodríguez, veo que cada vez está usted más compenetrado conmigo.

En este momento se abrió la puerta y aparecieron el chofer y el policía que le acompañaba.

Lo mismo su excelencia que Rodríguez se quedaron muy extrañados.

—¿Tan pronto han llevado ustedes a la muchacha? ¿No les dije

que se quedara uno con ella haciéndole compañía?

—Es que...

El chofer se detuvo sin atreverse a continuar.

—¡Vamos! Diga usted. ¿Qué ha sucedido?

—Pues... ha sucedido que... Savedra...

—¡Debí suponerlo! ¿Qué ha hecho ese demonio de Savedra?

—Se ha llevado a la señorita Rosario.

—¿Y vosotros lo habéis consentido? ¡Oh, es el colmo! Rodríguez, arréstelos a los dos para toda la vida. Y en cuanto a usted, necesito que me traiga antes de veinticuatro horas a ese canalla de Savedra. ¿Lo ha oído usted? ¡Quiero a Savedra! ¡Muerto o vivo! Esta es mi última palabra.

## X

Savedra alcanzó a Rosario en el camino, y, cogiéndola de un brazo, la subió al caballo con la misma facilidad que si fuera una pluma.

El corcel no cesó de correr hasta que llegaron a una casucha enclavada entre las faldas de dos colinas, donde quedaba perfectamente disimulada.

Era la casa de Savedra. En ella hizo entrar el bandido a Rosario y le dijo de muy buen humor mostrándole el pobre mobiliario y la decoración más pobre todavía:

—Ya ves, esto no es tan lujoso como la casa de Estrada, pero es menos peligroso.

—Si Estrada es una mala persona—repuso Rosario con ojos ha-

meantes de indignación—usted es peor que él y no sé a cuál de los dos aborrezco más.

—Comprendo tu indignación, fierrecilla, y siento que no estés de mejor humor. En cambio, me regocijo al pensar que Estrada no va a poder dormir esta noche.

—Tampoco voy a poder dormir yo.

—Seguramente. Pero eso depende de lo nerviosa que te encuentres.

—¡Maldita sea la hora en que les conocí a los dos!

—Eso me recuerda una canción que vas a oír.

—No quiero oír canciones suyas.



—Eso no es cierto. Sé que si algo aprecias de mí, ese algo es mi voz, y yo, que soy generoso, voy a recrearte con ella.

Y comenzó a cantar una de aquellas bravas canciones que tenían el recio perfume de las montañas donde Savedra hallaba la inspiración.

Tenía razón el bandido y Rosario era la primera en reconocerlo. Aquel hombre era el único que tenía el don de doblegar su indómita altivez, su fiero orgullo de

mujer hermosa. Algo semejante le ocurrió una noche en el camerino del café, cuando Savedra entró disfrazada de camarero para entregarle una carta de su excelencia.

Ahora, al oír aquella voz y al ver aquellos ojos que se fijaban en ella con pasión juvenil y franca, y al advertir que del bandido se desprendía una jovialidad arrolladora, Rosario se dejó coger la mano y escuchó hasta la última sílaba aquella canción que Savedra había improvisado para ella.

• • •

Había comenzado a llover y la carretera era azotada por un líquido raudal que caía sobre ella estrepitosamente levantando nubes de polvo.

Y tras aquella cortina de agua apareció en la lejanía Paco, acompañado del cura.

Iba el sacerdote montado en el borrico del fijador de carteles, porque éste, poco práctico en el ofi-

cio de chofer, había estrellado el auto contra un árbol en la primera vuelta del camino.

Cuando Rosario vió entrar a un cura en la misera vivienda del bandido quedó sumamente extrañada, pero aun experimentó mayor asombro al oír que Savedra decía:

—Padre, esta preciosa criatura desea casarse conmigo. Y yo la



quiero tanto que no puedo negarme.

—Eso no es cierto, padre. Es una emboscada. Lléveme de aquí; hará usted una obra de caridad.

No tuvo Savedra tiempo de aducir nuevas razones en defensa de

la causa, pues en este momento se oyó fuera el trepidar de un auto y poco después la voz de Rodríguez que decía:

—Abrid en nombre de la autoridad.

\*\*\*

No es difícil suponer lo que había sucedido. Ante las apremiantes órdenes del furioso Estrada, Rodríguez se había aventurado a coger al bandido en su propia guarida.

A buen seguro que vió entrar a Paco y al cura en la rústica vivienda.

Le acompañaban una docena de policías armados hasta los dientes, que para un hombre como Savedra todas las precauciones eran pocas.

Al oír el bandido que golpeaban la puerta dijo a Paco con voz imperativa:

—¡Pronto, a la bodega!

Y allí se llevó Paco al cura y a Rosario a pesar de que a ninguno de los dos les parecía bien aquel peligroso juego.

Apagó Savedra la luz y siguió a sus huéspedes. De lo que ocurrió en la bodega nada puede decirse porque la oscuridad allí era absoluta, pero es lo cierto que poco después salía por la puertecilla trasera de la casa un cura muy envuelto en sus hábitos y que llevaba entre sus brazos una carga bastante voluminosa.

Como los policías habían visto entrar en la casa al sacerdote estaban seguros de que él podría decirles dónde se hallaba el bandi-

do y se lo preguntaron amenazándole con no respetar sus hábitos si no contestaba con sinceridad.

Temblando de miedo, el cura contestó:

—En la bodega.

Y hacia allí se dirigieron los gendarmes, pudiendo comprobar que el que estaba en la bodega no era el bandido, sino el cura y que el que acababa de salir no era el cura, sino el bandido.

Entonces pensó Rodríguez en la carga que Savedra llevaba en brazos y comprendió que se trataba de la bailarina.

En seguida volvieron a salir de la casa, pero ya no vieron en el camino el menor rastro de Savedra.

Y emprendieron el regreso a la ciudad en automóvil en tanto Rodríguez murmuraba:

—Está visto que ese hombre ha de ser mi perdición.

## XI

Savedra bajó cuidadosamente la vieja escalerilla que conducía a la única habitación del piso alto.

Desde allí vió que Rosario dormía en el duro colchón de paja que él le había cedido.

Habían vuelto a la guarida cuando vieran desaparecer el auto de la Jefatura y entonces se entabló entre ellos un debate en el que Savedra quería saber por qué Rosario se había dejado transportar por él cuando se presentó la policía, en vez de gritar y denunciarle.

—Porque si usted es odioso mucho más lo es Estrada y ese Rodríguez que habla como si tuviera la boca llena de sopas.

—Perfectamente. Ahora es us-

ted libre de hacer lo que quiera. Váyase o quédese. Eso, de usted depende.

—No sé a dónde voy a ir a estas horas. Tiene usted el deber de dejarme dormir.

—Reconozco ese deber y le cedo mi cama.

Rosario, que estaba muy cansada, se alegró visiblemente ante el ofrecimiento.

—¿Dónde está la cama?

—Ahí mismo, al lado de la escalera.

Y Savedra señalaba el jergón.

La alegría de Rosario se empañó ligeramente al ver aquel lecho que no hacía ninguna promesa de comodidad.

—Usted puede dormir ahí—dijo Savedra—. Yo me iré arriba, al piso principal, que al mismo tiempo es azotea.

Ahora amanecía y Savedra acababa de levantarse, después de haber soñado que rendía a su amada con sus canciones.

Al ver desde lo alto de la escalera que Rosario dormía, la contempló a su sabor. Parecía un ángel. Las largas pestañas ponían una doble cortina de oro en sus ojos cerrados.

Sin poder evitarlo, al mismo tiempo que bajaba la escalera lentamente, comenzó a cantar.

Era un canto lleno de ternura en el que las inflexiones de la voz eran como palpitaciones del alma.

*En la suave oscuridad  
hay una voz nocturnal,  
En el misterio de Amor  
hay un canto arrullador.  
Oye, nena, tú nunca supiste amar,  
Dime si amas al escuchar mi can-*

*[tar.*

*Sólo un momento yo tuve para en-*

*[tender]*

*lo que es sentirse inflamado por  
[un querer.*

*Pienso... ¿Saber en qué momento  
[te amé?*

*Cuando, loco, un beso te robé.*

*En ese beso mi alma se enloqueció.*

*¡Oh, ámame! ¡Tu beso me per-*  
*[dió!*

Despertó Rosario al oír este canto, pero, obedeciendo a un impulso repentino, volvió a cerrar los ojos fingiendo que dormía. Así oíría toda la canción hasta el final y sabría la verdad del sentimiento que empujaba a Savedra hacia ella.

Hubo un momento en que sintió el calor de aquel canto rozándole la mejilla y en aquel instante le pareció que la canción era más bella.

Cuando terminó de cantar, Savedra hizo ruido de papeles y se marchó. Rosario oyó el ruido que producían los cascos de sus caballos al herir la tierra.

Se levantó entonces la muchacha y vió que en la puerta había un papel clavado con una tachuela.



Era una carta de Savedra, que decía:

*Rosario: No quiero que me odie demasiado y la dejo libre. Si algún recuerdo tiene usted de mí y para algo me desea, deje recado en el puesto de flores que hay a la puerta de la iglesia.*

Rosario dobló el papel y se lo guardó en el pecho. Después salió de la casucha y, como diera la casualidad de que en aquel momento pasaba un carretero con su carro, le pidió la llevara al pueblo.

El del carro accedió y así pudo evitarse Rosario el tener que andar a pie varios kilómetros.

...

Pero su entrada en el pueblo no fué precisamente triunfal. Un auto que venía en dirección contraria les mandó detenerse y la joven vió que de él bajaba el odioso Rodríguez.

Dos gendarmes la hicieron bajar del carro y fué inútil que ella tratara de defenderse con pies, dientes y uñas.

—¿Dónde está Savedra? — preguntó Rodríguez.

—¿A usted qué le importa?

—Perfectamente. Venga con nosotros.

La subieron en el auto y la llevaron a casa de Estrada.

—¿Me está volviendo loca con sus manejos, Estrada! Y este estúpido de Rodríguez me trata como si fuese un ladrón.

—Es que usted sabe dónde está Savedra y no quiere decirlo.

—Aguarde un momento; se lo voy a decir.

Y cogiendo de la mesa donde su excelencia, estaba desayunando el objeto más pesado que sobre ella había lo lanzó contra la cabeza de Rodríguez, el cual tomó las de Villadiego, pues si bien es verdad que Savedra le parecía peligroso, por más peligrosa aun tenía a Rosario.



—Vamos, diablillo—dijo Estrada—. ¿Dónde está Savedra?

—No lo sé.

—Sí lo sabes.

—Entonces es que no quiero decirlo.

—¡Oh, Rosario! No te comprendo. Ayer querías que lo ahorcara. Hoy, en cambio... Recuerda que te insultó, que te besó a la fuerza. Dime: ¿no te gustaría vengarte?

—El no me prepara una emboscada para llevarme a su casa de campo.

—El te rapta en medio del camino y te tiene a su lado toda la noche. ¿Cuál de las dos cosas es peor?

—Las dos, pero usted y él y él

y usted son unos estúpidos a los que quisiera ver ahorcados. Adiós y no vuelva a molestarme.

Y se fué dando un portazo.

Estrada fué a detenerla, pero se detuvo. Había visto en el suelo algo interesante. Un papel. Un papel que, sin duda, le había caído a Rosario. Lo cogió. Lo leyó:

*Rosario: No quiero que me odie demasiado y la dejo libre. Si algún recuerdo tiene usted de mí y para algo me desea, deje recado en el puesto de flores que hay a la puerta de la iglesia.*

Inmediatamente, Estrada se puso al habla con Rodríguez.

\*\*\*

Mientras Paco cantaba en la guarida de Savedra, éste leía la nota que había hallado en el puesto de flores.

En ella le decía Rosario que no podía pasar sin oír sus canciones y le rogaba que aquella noche fuera a cantarle al pie de su balcón.

Como ya comenzaba a anoche-  
cer, Savedra ordenó a su amigo:

—Prepara las cosas, Paco. Nos  
vamos al pueblo.

—¿Al pueblo a estas horas?

—Precisamente por ser esta ho-  
ra vamos.

—¡Ay, ay, ay! Apostaría a que

detrás de todo esto hay una mu-  
jer.

—En todas las cosas de la vida  
hay una mujer.

Entonces, Paco dijo sentencio-  
samente:

—Ahora comprende por qué la  
vida es tan amarga.

## XII

Cuando llegaron a las cercanías de casa de Rosario, Savedra ordenó a Paco se detuviera en una esquina y él avanzó hasta la fachada.

Fue acercándose hasta aquel balcón tras el cual sabía que dormía Rosario.

Al oír su voz, aquella voz que ella no olvidaría nunca, se incorporó y en esta actitud siguió escuchando unos instantes.

Después se levantó y se asomó al balcón. No se conformaba con oír a Savedra. Además, necesitaba verle.

Cantaba, cantaba el enamorado Savedra, cuando vio aparecer ante

él dos policías que le encañonaban con sus revólveres. Quiso preparar la retirada y al volverse vió que otros dos le amenazaban por aquel lado.

Y aun salieron media docena más por las callejas cercanas.

Comprendió Savedra que estaba perdido, pero quiso hacer pagar cara su captura. Rodríguez estaba entre los gendarmes; Rodríguez sonreía. Para él fue el primer puñetazo. Otro guardia salió dando vueltas por el aire como pluma al viento y otro cayó sobre el cuerpo de Rodríguez.

Pero eran muchos y, al fin, notó Savedra que una docena de bra-

res le sujetaban y le ataban fuertemente.

Todo lo vió Rosario, desde el balcón, y, con la indignación consiguiente, se dispuso a prestar ayu-

da a Savedra. ¿Cómo? No lo sabía.

Por si acaso lo necesitaban, una vez vestida, cogió su pequeño revólver.

\* \* \*

Rodríguez penetró orgullosamente en el despacho de Estrada.

—Vea lo que le traigo, Excelencia.

Y mostró con un gesto al bandido que estaba en el umbral, atado y custodiado por varios policías.

Estrada se echó a reír.

—¡Eres un pobre diablo! ¿De veras creíste que Rosario tenía ganas de oírte cantar?

—¿Quiere usted decir que Rosario estaba en combinación con ustedes?

—¡Claro!

Y ahora si que sintió Savedra estar atado. Empalideció. Un relámpago de desesperación pasó por sus ojos.

—Que se lo lleven—dijo Estrada.

Y, casi a rastras, se lo llevaron.

\* \* \*

Cuando Rosario llegó a la puerta, abierta todavía, se detuvo al oír algunas palabras que le pa-

recieron sumamente interesantes.

—Es usted muy habilidoso, Excelencia—había dicho Rodríguez,

buscando, como siempre, el modo de halagarle.

—Ya le decía yo que escribiendo nosotros y dejando la nota en el puesto de flores Savendra no tendría por qué sospechar que no la había escrito Rosario. ¿Acaso conoce su letra? Ya ves cómo ha caído.

—Buenas noches—dijo Rosario como si acabara de llegar.

—¡Hala, querida! ¿Vienes a recoger noticias?

Rodríguez les dejó solos. Rosario repuso:

—Sí, me interesa saber dónde está el bandido.

—Pues está en lugar seguro. Ahora ya no podrá despertar a la gente con sus estúpidas canciones.

—¿Qué piensa hacer con él?

—Fusilarle esta misma madrugada.

Y se sentó a la mesa y comenzó a escribir, a preparar los documentos necesarios para el fusilamiento.

Oyó de pronto la voz suplicante de Rosario.

—¿Por qué no me hace caso? ¿Por qué me recibe tan friamente? ¿Es que su cariño era mentira y lo

que usted deseaba era tan sólo verse de mí para coger al bandido?

El tono apasionado y lastimero de aquella voz sorprendió a Estrada.

—¿Qué puede importarte a ti que te quiera o te deje de querer?

—¿Está seguro de que no me importa? —dijo sentándose en el borde de la mesa, al lado de Estrada—. ¡Qué tontos son ustedes, los hombres! Lo mismo se creen que una mujer daría la vida por ustedes que ignoran un amor verdadero.

Estrada la miraba estupefacto.

—Sí, Estrada, sí. Ahora que ese bandido está bien seguro, no tengo nada que temer y voy a decirle que deseaba su triunfo ardientemente. Mire si es eso cierto que le suplico me lleve a verle sufrir, a ver cómo le fusilan. ¿Me perdona usted que sea un poco vengativa?

—¡Pero, Rosario! ¡Quién iba a suponer!... Yo sigo queriéndote como antes y estoy dispuesto a complacerte. Ven a la madrugada y yo mismo te llevaré a la cárcel.



...

Cuando amaneció, Rosario tuvo con Paco una buena entrevista y de allí se dirigió a casa de Estrada, el cual ya estaba preparado para acompañarla a la cárcel.

Savedra, que había estado cantando, apoyado a la reja de su celda, para desahogar su desengaño, vió que de pronto se abría la puerta de su encierro y cuando esperaba la aparición de los que le habían de llevar al lugar del fusilamiento, se quedó sorprendido por la presencia de Rosario, a la que Estrada acompañaba.

—Nunca hubiera creído que eras tan refinada en la venganza —dijo el bandido sonriendo con sarcasmo.

—Fuiste lo bastante necio para creer que yo soportaría tu humillación. Pues bien, he venido a de-

volvete lo que me diste. No quiero tu beso, que me quemara los labios. Tómalo.

Se había ido acercando poco a poco sin dejar de mirarle con ojos que flameaban.

Savedra sintió en los suyos los labios de Rosario y al mismo tiempo notó que algo depositaba en su mano.

Lo tomó, reconociendo por el tacto que era un revólver, y se lo ocultó entre la ropa. Pudo realizar esta operación porque el cuerpo de Rosario le protegía de las miradas del enemigo.

Este reía cínicamente.

—Ya ves, Savedra, que soy generoso contigo. Dejo que te beses cuando sólo te quedan unos minutos de vida.

...

En el patio esperaban Estrada, Rodríguez y Rosario.

—Ya es la hora—dijo su excelencia.

—Ya lo traen—repuso Rodríguez.

Y Rosario vió que, en efecto, lo traían a rastras. Le habían cubierto el rostro como era costumbre en aquellos casos.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué no había utilizado su revólver?

En estas dudas se debatía Rosario angustiosamente cuando los soldados se llevaron al hombre la culata del fusil.

Y ya iba Rosario a lanzar un grito cuando sonó un disparo en el tejado de la cárcel que perforó el ros del que mandaba el piquete.

Todos miraron hacia arriba y vieron con sorpresa que era Savedra el que había disparado.

En tanto unos desataban al guardián de la celda de Savedra, que estuvo a punto de ser fusilado, otros se lanzaron en persecución del bandido, pero él era ágil como un gamo y pronto estuvo en la tierra llana, donde encontró a Paco con su caballo.

Saltó sobre él y emprendió rauda carrera.

Al pasar por la puerta de la cárcel vió que allí estaba Rosario con Estrada y, cogiendo a la amada por un brazo sin moderar para ello su desenfrenada carrera, se la llevó.

Estrada vió cómo los brazos de Rosario rodeaban el cuello del bandido y lo comprendió todo. Quiso correr, dió órdenes de que le persiguieran, pero en este momento se detuvo ante él un automóvil y de su interior salió el gobernador de la provincia.

—Está usted arrestado, Estrada—le dijo por todo saludo—. Los vecinos se quejan de sus abusos de autoridad.

Y mientras Estrada era conducido por dos soldados en el auto del gobernador, Rosario se dejaba llevar en brazos de Savedra, al galope tendido de su caballo alazán.

FIN

# COLECCION E USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

Libros publicados al aparecer la quinta edición de "El precio de un beso"

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Narcís, el hombre que se vendió.—Cobra.—La fin de Montecarlo.—Vida bohémica.—Zazú.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casquero.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beas Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Sen-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Tripoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El capitán Sorrell.—El jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Principito estudiante.—Ana Karmina.—El Destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El Carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantea.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Río, guayaso, río!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—Nostalgia.—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cancores.—Icarus.—El conde de Montecristo.—La Mujer ligera.—Virgenes modernas.—El pagano de Tablú.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del sol.—Especiamentos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballito.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Esclava.—El precio de un beso.—La repudia del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo burro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Lectón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente!—marcha!—Prim.—El Presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El dios del mar.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito. Véase a no:

### **El Precio de un Beso**

por José Mojica y Mona María  
(5 ediciones)

### **Del mismo Barro**

por Mona María y Juan Torrens  
(6 ediciones)

### **Ladrón de Amor**

por José Mojica y Mona María  
(3 ediciones)

### **El Valiente**

por Juan Torrens  
(4 ediciones)

### **El Presidio**

por José Crespo  
(1 edición, agotándose ya la segunda edición)

### **Romance**

por Greta Garbo y Lewis Stone

### **El Gran Charco**

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

### **Colección de 6 postales de JOSÉ MOJICA**

(3 ediciones)

---

#### **GRAN ÉXITO DE:**

### **Biografía de MAURICE CHEVALIER**

(14 ilustraciones en el texto, a cual más interesante. Postal-regalo del famoso *chansonnier*). Precio: 50 cts.

Colección de 6 postales de

**MAURICE CHEVALIER con CLAUDETTE COLBERT**  
en **EL GRAN CHARCO**. Precio: 30 cts.

Colección de 6 postales (6 «poses» modernísimas) de

### **GRETA GARBO**

y de la

**Biografía de la famosa Greta Garbo**  
con numerosas fotografías de la eximia artista y postal-regalo. Precio: 50 cts.



**En preparación:**

# **La incorregible**

por **Enriqueta Serrano**  
y **Tony D'Algy**

(Asunto todo hablado en español)

# **Sous les toits de Paris**

(Bajo los techos de París)

Obra de arte de **René Clair**,  
por **Albert Préjean**

*¡Siempre lo mejor entre lo mejor!*



---

---

**Pida siempre, y no quedará nunca defraudado!**

---

---

***La Novela Semanal Cinematográfica Moderna*** (25 cts.)

***La Novela Cinematográfica del Hogar*** (30 cts.)

***Los Grandes Films, Mudos y Sonoros*** (50 cts.)

y

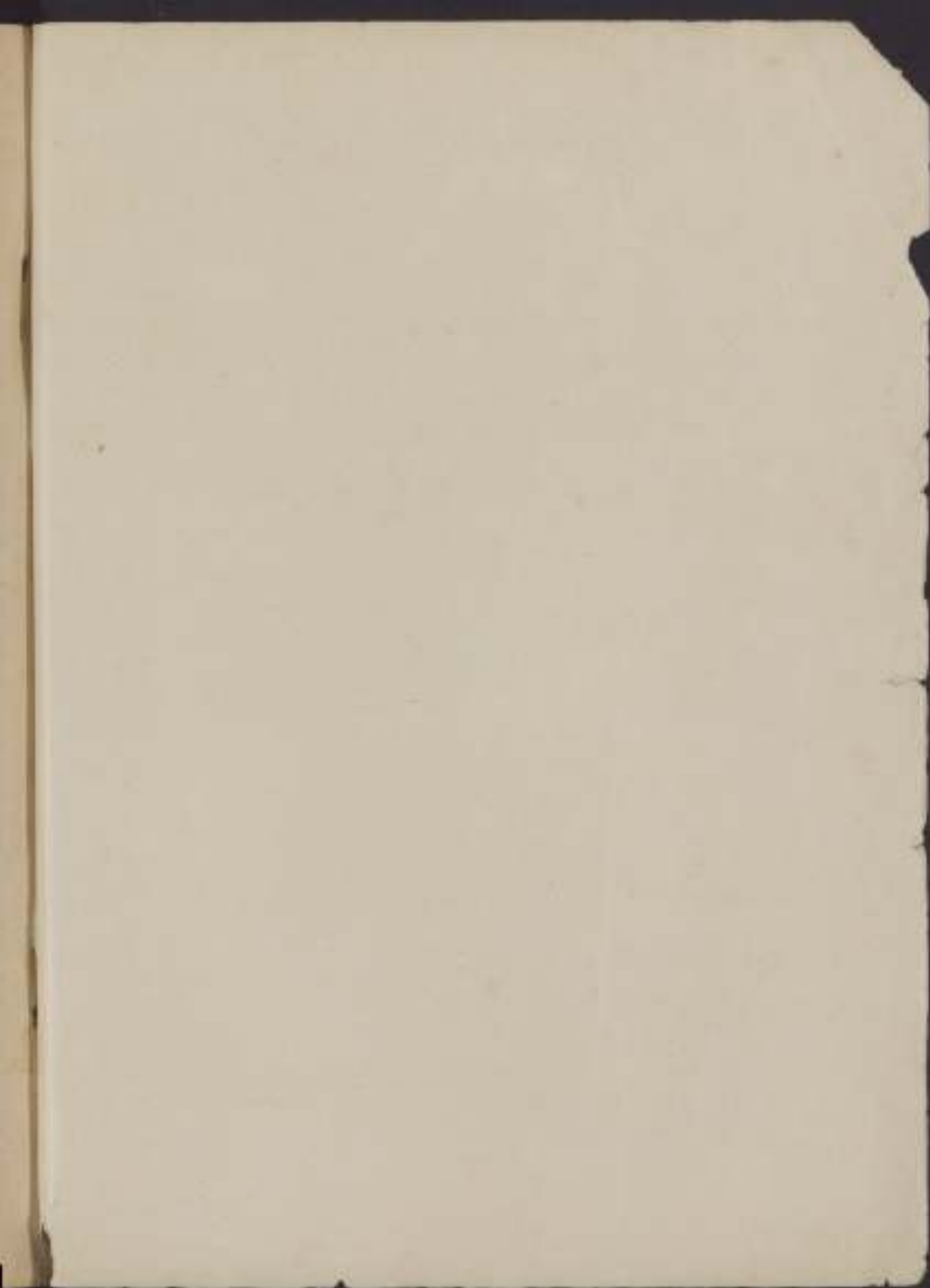
las selectas e inimitables

*Ediciones Especiales de*

***La Novela Semanal Cinematográfica***

(1 peseta)





DES. NIC (PRECIO)

E. B.

Precio: Una peseta